

LA PRIMAVERA.

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA.

Se suscribe á 4 reales al mes en la librería de Grases, plaza de la Constitución núm. 12; y á 15 reales trimestre fuera de Gerona; cuyo importe los señores suscritores de fuera se servirán librar anticipado al Sr. Administrador de LA PRIMAVERA por medio de sellos de franqueo.

El día de Almanzor.

LEYENDA HISTÓRICO-TRADICIONAL ESPAÑOLA.

III.

El dedo de Dios.

(Conclusion.)

Así se pasaron seis meses. El amor de Alkinza habia crecido mucho; y sin duda no estuvo bastante segura de la autoridad que sobre mí podia desplegar, porque habia llegado al extremo de no poderme negar cuanto la pedia; pero como la libertad era lo que mas anhelaba, como continuamente le pedia que me permitiera recorrer las calles de Córdoba y á ella no le convenia que me vieran en público, porque era fácil que se descubriera nuestro amor, lo cual siempre la humillaba ante la corte, determinó trasladar su residencia á Auriola (a) donde tenia riquísimas posesiones.

Desde entonces compré mi aparente libertad á trueque de tener que vestir el traje árabe y pasar por pariente suyo. Desde entonces pues me llamé Amet ben Abindaizan y espliqué mi genealogía por una degenerada rama de los fatimitas.

En Auriola ya, pudo Alkinza entregarse mas abiertamente al amor que llenaba por completo su alma.

(a) Orihuela.

Todos los dias me instaba para que me convirtiera al Islamismo; solo esto aguardaba para concederme su mano de esposa.

He sido ambicioso, padre mio; ella me brindaba con riquezas y honores y me hacia noble; si aceptaba su mano mi insaciable ambicion quedaba colmada, si no satisfecha, ¿qué suerte me esperaba si perdía la gracia de aquella mujer? La muerte ignominiosa del esclavo porque para tenerme sujeto nunca habia querido desprenderse del pergamino que la hacia señora de mi vida. Por esto os he dicho que la libertad que tenia era aparente.

Añádase además que Alkinza era encantadora como una hurí del paraíso, que era un tesoro como significa su nombre; añádase que tambien la amaba.

La tentacion era poderosa; sin embargo me retuvo el amor que á mi madre conservaba inestinguible, porque si renegaba de Cristo debia renunciar á volver á mi patria y por consiguiente á abrazarla.

No dejaba de impresionarme el abrazar la fé del Koran; pero no me sobraba de devoto, era jóven y me halagaban las doctrinas del profeta, y sobre todo, la costumbre de vestir el traje moro hacia que no me espantara aquel sacrificio á que mi Alkinza podia conducirme. Solo mi madre me retuvo por entonces en el seno del cristianismo.

Pero un dia me entregó un billete una

persona desconocida. Era letra de mi madre ó cuando menos perfectamente imitada á la suya. Me decia que la habia escrito cercana á la tumba con espresa órden de hacerme buscar despues de su muerte; para que supiera que quedaba solo en el mundo; pues, segun decia, mi padre habia muerto despues de haber disipado su fortuna, y ella moria en la miseria.

—Esto fué una impostura; exclamó con calor el padre Bernardo. Ni don Lope malgastó sus bienes ni murió en aquella época. Hace tan solo cuatro años que dejó viuda á vuestra madre, quien acaba de morir tambien hace pocos dias. Era una impostura, hijo mio; la mora Alkinza la inventaria quizás para romper los lazos que te unian á tu patria y á tu religion.

—Eso creí, padre, eso creí en un principio; pero procuré por mil mañas sondear las intenciones de mi amante y en vano pude descubrir en ella tal impostura. En tiempos posteriores he sabido además que en nada intervino en aquel billete.

Por otros medios sin embargo vino á mi oido la noticia de la muerte de mis padres; hice á un esclavo catalan, sin descubrirme mil preguntas acerca de su pais: bajo el pretesto de que queria instruirme acerca el estado de la nobleza catalana, supe por él que don Lope de Anglesola habia bajado hacia poco al sepulcro. ¿Podia tener mas visos de verdad la impostura?

Creí la noticia y lloré á mi madre.

Si no supiera que don Lope no me dió el ser, aun fuera un misterio para mí aquel billete; pero despues de lo que sé por vos padre, el corazon me dice que aquel hombre quisó deshacerse de mí.

—Lejos de tí tal idea dijo el anciano sacerdote; don Lope era bueno y generoso.

—D. Lope no era mi padre, y aunque por salvar su honra me trataba como á tal debia aborrecerme. A mas, tenia una hija á quien amaba, y debia atormentarle de continuo la suposicion de que un dia heredase yo sus títulos. Despues de creida por todos mi muerte, si sus ocultas pesquisas le dieron á saber mi paradero como es muy posible, se deshacia de mí sin ningun crimen. Sin padres y sin fortuna me quedaria naturalmente donde n e

ofrecian amor y riquezas. La trama ingeniosa del billete lo hacia todo y la conciencia del buen don Lope no debia acusarle esta impostura, cuando con ella labraba la suerte de su verdadera hija. Creo casi que el esclavo que confirmó la noticia de aquella carta seria un esclavo comprado al oro del de Anglesola.

El anciano bajó la cabeza hasta apoyarla sobre su pecho y nada tuvo que replicar á las sospechas de su hijo. Este continuó:

—Creí la noticia, como os decia, y luego pensé de otro modo que hasta entonces. Alkinza era la única persona que amaba en el mundo; aquella mujer satisfacía mi amor y mi ambicion. Cedió pues á sus instancias; adoré á Aláh y mi señora pasó á ser mi esposa.

—Olvidaste á tu Dios; hijo mio, díjole el padre Bernardo con acento contrito.

—Lo sé, padre, y en el transcurso de mi vida el remordimiento se ha dejado sentir en mi alma; pero era ya un moro poderoso, gozaba fama de ser el mas temible alfanje que defendia el Koran y tenia mi partido; desde el momento que hubiera vacilado acerca mis creencias me hubiera desprestigiado ante los buenos muslimes y mi gloria y mi fortuna hubieran desaparecido.

—La vanidad te cegó, hijo mio. Pero, ¿como llegastes á ser caudillo afamado y á ocupar un lugar distinguido en los ejércitos del gran hahgib? dijo el anciano sintiendo aun un resto de orgullo.

Mis bodas con Alkinza me dieron posicion independiente. Mi brazo hizo lo demas. Hace ocho años que murió Alkinza sin darme un fruto de su amor; desde entonces no ambicioné mas que la gloria, y he alcanzado la que queria, buscando siempre el mayor peligro en la guerra.

Y saqueando á los que han sido tus hermanos; y asaltando monasterios donde mora gente indefensa, dijo severo el padre Bernardo.

—Cuando me ví ante la ciudad que me habia visto nacer el recuerdo de mis floridos años, el de mi madre y el de mi patria me hicieron una sensacion profunda y hubiera querido poder evitar el tomar armas; en el consejo de Al Mansur me opuse á que se die-
ra el asalto con todas mis fuerzas y con gran estrañeza de todos, padre; yo sé cuanto he

sufrido durante estos seis días en que he debido sofocar en el corazón mis sensaciones más tiernas.

Estas fueron las únicas palabras que tuvo don Guillen para contestar á la justa reconvencción de su padre. Dejó caer su abatida frente sobre su mano, y las últimas palabras del anciano le recordaron que tenía una hermana que sacar del peligro. Las grandes pasiones son tan egoístas que desalojan del corazón, cuando se dejan sentir en toda su fuerza, todo sentimiento que no sea el suyo; el recíproco amor entre padre é hijo les hizo olvidar que la pobre Felinda podía ser presa de aquella hueste feroz.

Al pensar esto último, don Guillen siguió á su padre que abrió en un momento la puercecilla secreta y que entró adelantando por un oscuro y prolongado corredor.

Al otro extremo se encontraron con la cocina del monasterio. La confusión en que estaba el mueblaje revelaba que manos profanas habían llegado hasta allí. Alarmóse don Guillen y apresuró el paso en busca de Felinda.

Dieron luego con un ancho pasadizo al cual daban multitud de puertas que comunicaban á otras tantas celdas. Don Guillen fué entrando sucesivamente en cada una de ellas: casi todas estaban desiertas; en todas se veía el sello del saqueo y de la profanación. Algunos soldados rezagados ó más codiciosos que los demás quedaban en algún aposento: á una voz de don Guillen dejaron todo cuanto habían robado y cabizbajos fueron á unirse á los demás que ya salían del monasterio.

Felinda no aparecía.

De repente se encontró don Guillen ante una celda que, al contrario de todas las demás, estaba cerrada. Hizo esfuerzos para entrar pero inútiles. Entonces le pareció oír dentro algún ruido y mandó terminantemente que se franqueara la puerta. La abrió y apareció al dintel Ubecar ben Almohavar con el semblante visiblemente agitado, quien viendo á su amigo le dijo tendiéndole la mano:

—Nada, Amet; descanso de las fatigas del asalto.

Don Guillen precipitóse dentro la celda, porque vió á una monja tendida en el suelo. Acercóse y vió con espanto á una jóven

desmayada, y sobre cuyo nevado seno pendía el relicario que él había llevado en su juventud.

La sangre toda agolpóse á la cabeza de don Guillen, quien fuera de sí exclamó:

—Maldito, maldito de Dios. Es mi hermana.

Y precipitóse con furia sobre Ubecar y le agarró por el cuello con todas las fuerzas que le prestó la desesperación. Aquellos dos cuerpos rodaron por el pavimento y se empezó una lucha porfiada y atroz; la amistad que un momento antes les unía desapareció ante aquella víctima, y sus ojos estaban inyectados en sangre, y de sus pechos brotaba solo rencor y encono.

Por algunos momentos estuvo indecisa la suerte de los dos lidiadores. Seguía la lucha sin hacer uso de arma alguna: rodaban tan abrazados el uno al otro que no habían podido desnudar sus alfanjes; pero don Guillen tenía aun asido del cuello á Ubecar y no le dejaba libre la respiración. Era aquella la lucha del toro contra el toro; las fuerzas eran poderosas por ambos lados.

Pero faltó la respiración á Ubecar y comenzó á cejar y sus fuerzas disminuyeron. Don Guillen asido siempre á su cuello estrechó con mayor furor. El semblante de Ubecar se hizo amoratado, y pocos instantes después aquel hombre yacía inmóvil, con el cuello desgarrado y salida la lengua como si le hubieran tirado de la horca.

Sacó don Guillen de su cintura el puñal que hasta entonces no había podido desenvainar y lo sepultó dos veces en el corazón de Ubecar.

Corrió luego hácia Felinda y la observó atentamente, oyó su respiración y dejóse caer consternado en los brazos de su anciano padre que en aquel momento entraba en la celda.

EPÍLOGO.

A mediados del año siguiente Barcelona estaba otra vez en poder de los cristianos. El fugitivo Borrell había reunido nuevos ejércitos acantonándose en los montes de Manresa, y con el auxilio de su primo el conde Oliva Cabreta de Cerdaña, de los condes Bernardo, Roger de Pallás y Hugo de Ampurias y de

otros de menos esforzados varones habia reconquistado su ciudad á los cinco meses. En aquella sazón ocupaba pues su palacio en compañía de la condesa Aymerudis su segunda esposa, que como la primera era vástago de la casa de los condes de Auvernia.

El monasterio de las *Puellas* estaba bastante repuesto de su reciente descalabro, en él se hallaba, no como abadesa, sino como simple monja la hermana Matruy, que los moros se habian llevado cautiva á Mallorca y que acababa de volver pagando un rescate. Quedaban tambien en aquel santo retiro la hermana Felinda y el padre Bernardo cuyas fuerzas acababan de agotar los años y la penitencia.

A un extremo del claustro y entre los zócalos de dos pilares habia una tumba de marmol negro en la que se leía:

AMOR Y LEALTAD

Requiescat in pace.

Nadie sabia el misterio que encerraba aquella tumba sino el padre Bernardo. El sabia que allí yacia don Hugo de Cervelló, que el día que el ejército de Almanzor saqueó el monasterio murió defendiendo las monjas; le habia encontrado agonizando en un corredor, revolviéndose en la encharcada sangre que manaba de numerosas heridas; pudo el padre prestarle los últimos auxilios y recibió su postrer aliento que lo exhaló invocando á Felinda.

En la misma ciudad y en un convento de benitos habia tomado el hábito hacia poco un hombre á quien animaban el santo temor de Dios y la humildad resignada del penitente. Nadie sabia su procedencia, y solo se decia que en el mundo se le habia llamado don Guillen. Contábanse acerca de su vida, que nadie conocia sino muy aventuradamente cosas estrañas.

Todas las tardes llegaba á la porteria del convento un hombre que vestia sayo de paño burdo y gorra con pluma de faisán, y pedia por el padre Guillen.

La conversacion que sostenian aquellos dos hombres duraba una hora y antes de separarse siempre dejaba caer el hombre del sayo algunas lágrimas sobre la mano del monje.

Un día le decia:

—Amo mio, mi suerte está decidida; sin

vos me moriria en Cataluña, y ya que vuestro amor me falta pasaré á saludar el sol de Africa y á abrazar á mis padres si aun viven.

—¡Pobre Hasan! le decia con cariño el benedictino; no te falta mi amor; todos los días rogaré á Dios para que te ilumine. Adora á Cristo y vivirás siempre á mi lado.

El pobre Hasan estuvo unos momentos pensativo y luego exclamó sollozando y despidiéndose.

—El profeta no lo quiere. Solo por vos podia cubrirme con este traje de cristiano. Cumplanse los destinos del Altísimo, Amet; que Aláh os proteja.

Juan Bautista Ferrer.

Nacimiento de N. S. Jesucristo.

Poesia religiosa.

José, oriundo y en Betlem nacido,
á empadronarse por la ley llamado,
el largo viage emprende condolido,
de la Madre de Dios viéndo el estado;
para que así notárase cumplido
lo que dejó el Profeta consignado,
y absorto el mundo por jamas celebre
al Niño Dios naciendo en un pesebre.

En una noche que su luz velando
el luminar de pálidos fulgores,
iban las anchas sombras ocupando
cumbres y valles, arboles y flores;
vióse á deshora lentos caminando
los padres del Señor de los señores,
sin serle dado albergue ni consuelo
al sacro Emperador de tierra y cielo.

Entonces los ilustres descendientes
de la real sangre de David, que honraron,
lleno Betlem de forasteras gentes,
á un oscuro portal se refugiaron.
Y en breve allí los rayos esplendentes
que de las sienas de Jesús manaron,
la choza en paraiso convirtieron
y su Divinidad pública hicieron.

Salud á ti, Betlem, pobre de bienes,
rico, empero, de luz, rico de gloria,
salud á ti que en el reciente tienes
al Salvador de raza transitoria;
salud á ti, por cierto, y parabienes
que siempre ostentarás esa memoria,
por mas que despiadados tus vecinos
faltasen á los santos peregrinos.

¿Que vale ya la pompa de los reyes?
¿Que pesan las grandezas de la tierra,
cuando aquel que á los príncipes da leyes,
en un establo mísero se encierra?
¡Póstrense humildes, las humanas greyes
que rudas lidian en soberbia guerra,

adorando este Niño omnipotente
con silencio profundo y reverente!

¡Y el cántico será mas espresivo
y el único elocuente en pompa tanta!
No hay lengua, frase, voz ni efecto vivo
que baste ponderar la escena santa.
Confundase del hombre el genio altivo
á quien la gloria miserable encanta;
no hay mas gloria en la tierra, ¡oh mundo vano!
que ser del Niño Dios, que ser cristiano.

Fuera de esto, son cieno los honores,
y son miseria y polvo las beldades,
y todo viene á ser error de errores
y todo vanidad de vanidades!
Solo ese Niño es vida y resplandores
tras de la consumacion de las edades,
solo ese niño, Rey de las naciones,
inmortalizará generaciones!

Pobláronse los aires de armonías,
con dulces y suavísimas baladas,
blandiéndose en las nubes gerarquias
de las dominaciones sublimadas;
y del feliz Betlem las cercanias
deslumbradoramente iluminadas,
celestes alamedas semejando,
de mil pastores íbanse llenando.

Gloria al Señor del Orbe en las alturas,
paz en la tierra fiel á los humanos,
júbilo entre sus bellas criaturas,
abrácese los hombres como hermanos;
que ya de las sagradas Escrituras
cumplimentarse vemos los arcanos....
gloria al gran Sol, que ahuyenta la tiniebla
y de ángeles de luz los aires puebla.

Sonó grandioso el celestial decreto
por la estension del ámbito infinito,
tembló el abismo al formidante reto
en las sagradas páginas escrito;
y en consistorio de aúlicos secreto,
de las sombras el principe proscrito
sus fundados temores esponia,
sin acertar, empero, quien nacía.

Que así determinó el alto cielo
y á la salud del mundo así convino,
y así burlando el infernal anhelo
tendió el Hijo del hombre á su destino
La astucia en vano y el sagáz recelo,
como el saber, como el discurso fino,
sin el temor de Dios, base y cimiento
de la sabiduría y del talento.

Francisco P. Varela.

El paseo.

Ola, Florencio: ¿que haces ahí? ¿No vienes á paseo?—¿Y á que he de ir? ¿De que sirve sinó para fatigarnos andando de arriba á bajo dando vueltas como en un torno y recibiendo sendos codazos?—Bah: te descuidas lo mejor: allí se aprende; allí se estudia: todo tiene su porqué, su razon de ser; su filosofía. Vamos á estudiar la filosofía del paseo:

vente conmigo.—Pues, Señor, vamos á estudiar la filosofía del paseo.—Ya estamos —Mira allí nuestras amiguitas, juntémonos con ellas.—A los pies de Vs.—¿Qué tal, Rosita, se divierte V. mucho?— Si, amiguito. Estaba hablando con mi compañera Paquita sobre las notabilidades del paseo.—Ah, dispense V, Pepito. Mira Paquita, mira la señora N. que vestido lleva. Sin duda que lo habrá heredado de sus abuelos. ¿Estará hecho en Paris, ó en Santa Eugenia?—Y lo peor, Rosita, es que por lo que se pavonea parece creerse que es el modelo de la elegancia y de la última moda.—Repara: allí viene, f^a. llena de colorines, que así pegan á su edad y á su hermosura ¿eh?, como á un perro una casaca —Je, je, y que malo es V. ¿Y no sabe V. la historieta de Cándido y Rosalía? Mirelos V. allí que atortoladitos; y esta mañana han tenido una riña que casi ha llegado al escándalo. Ya se ve él hace el amor á cuantas encuentra al paso, y ella coquetea con todo el mundo.....—Mire V. que otro ente pasa por su lado. ¡Que fátuo! ¿pues no cree que lleva rendidas á cuantas mugeres mira?—No será sin duda por su figura.— Ni por su talento.—Ni por sus riquezas.—Ni por su elegancia.— Si tal. Alto Señores., que al parecer Vs. no saben que ha heredado de un tío muy viejo que ha poco murió, veinte duros un flos sanctorum, la historia de los doce pares de Francia el Partinobles, las fábulas de Esopo, la historia de Bertoldo y no se cuantos libros mas de gran ciencia, y ese casacon que lleva, bueno para abrigar y envolver tres cuerpos como el suyo y que no ha querido tocarlo por memoria del difunto.—Chito, chito, Señores que allí viene D^a. Rozagante.—Aparta, amigo, que nos va á estrujar con un golpe de estera, ballena ó acero, ¿quien sabe? —Paquita: ¿cuantos pollos le parece V. podrian caer debajo de tan enorme cesta?—Diga V. que cuantos pavos. ¿No ve V. que todo el paseo es poco para su campana? Uf, allá vá: paso para la gran señora. Como sino la conociéramos, como sino supiéramos que mientras todo le gasta en dijes y en miriñaques y... su casa va— Pero que figurita, chica, mírale allí que parece escabullirse por entre piernas.. !Oh!.. ji, ji, ji.— Chica, calla, reprímete que vas á dar un escándalo.—Si no me puedo contener.—¿Ve V. D. Pepito, aquella fila de mirones allí parados y arrimados como estátuas? No los puedo ver. porque solo están allí para burlarse de todo el mundo.—Pepito, me dijo Florencio al oido, cuán cierto es que todo el mundo ve la mota en el ojo del vecino y no....—Calla, que lo vas á echar todo á perder: ya lo sé.—Observo. Rosita, que Gertrudis parece haya acabado de llorar por lo lagrimosos que lleva sus ojos —Todo pudiera ser. Es tan delicada, está tan mimadita, que si su marido no le ha escrito cuatro cartas desde su despacho, le da la jaqueca, y un desmayo, y vahidos hasta que va á consolarla el Señorito D.....—¿Que maulería!—Oye, Paquita, ahí tienes á la remilgada M. ¡Vaya un sombrero que lleva!.....—Tambien eres muy critica, Rosita. Si M. cree que impone la moda llevando

los gorros al estilo de dos años atrás y con adornos! de brocha gorda, ¿que le hemos de hacer?....—Dan las dos, Pepito, me dijo Florencio.—Ah, si, comprendo. Paquita, Rosita: gracias por su amabilidad. A los pies de Vs.—Hasta otro día haremos nuevas observaciones. Abur.

—Chico, ¿y á esto llamas filosofía del paseo?— Pues no! Todo el mundo es así: la una mitad se burla de la otra, y el paseo es un pequeño reflejo. Lo que hacían Paquita y Rosita hacían todas, y todas se mofaban y todas eran mofadas. ¿No recuerdas lo que nos enseñaban en el colegio!— *Ab uno dicite omnes.*—Si y entretanto los músicos se desgañitan, y nadie les escucha, sino cuatro pobres *dilettanti* y una caterva de muchachos. ¡Oh, mundo, mundo!.....

Francisco Castellvi y Pallarès.

GERONA.

Armonías de la feria,

CUADROS ANIMADOS.

(Continuacion.) (1)

BAJO LOS ARCOS,
Cuadro mosaico.

Bajo los arcos sombríos del mas antiguillo aspecto, cuya arquitectura data del condado ó poco menos del insigne Cap de Estopa, fijó la belleza el templo. Mil encantadoras ninfas de dulce mirar magnético, hacen de aquellos portales el peristilo del cielo. Qué rostros y qué cinturas! Qué gargantas y qué ojuelos! A la lucha decidido con el mayor ardimiento, *incontinenti* me lanzo á bogar en el estrecho, gran golfo de miriñaques de esparto, maíera y hiero, que á merced del viento flotan, cual lanchas en mar revuelto. *Alli se encuentran y chocan, se repelen con denuedo; ya se alejan, se aproximan, me comprimen con sus cercos; pasan, cruzan, giran, huyen, vuelven, corren, ruedan, vedlos!* Con aérea danza fantástica en derredor de mi cuerpo, de mis pobres pantorrillas con notable detrimento, torturando mis tobillos que aun magullados los tengo.

(1) Véanse los números 58 y 59, en este último y en el verso diez y ocho del cuadro. *Sobre el puente; donde dice del Ter léase del Oñá.*

Campana armilar andante de aspecto vulgar y feo que ha introducido el mal gusto en el tierno y bello sexo, yo te maldigo, y ansío verte ardiendo en los infiernos! Muchas beldades se observan del miriñaque en el centro, y mis ojos se convierten en conductores eléctricos. Qué jóven tan hechicera de suave color moreno, con los ojos mas gachones y con un mirar de cielo! Airosa se balancea, mil corazones rindiendo. Qué seductora belleza la del dorado cabello, mas blanca que la azucena y con voz de caramelo! Sus dulces lánguidos ojos con un tierno pestaño, dentro mas calor abrigan, de la morena á despecho, que cuanto encubre la tierra de Nápoles y Palermo! Qué entusiasmantes pollitas! (Siempre con sus cancerberos!) Qué sirenas mas sabrosas de grato término medio! Qué jamonas! . . . eh! cuidado! Mefistófeles, con tiento que ese es fruto prohibido! No te metas en el huerto pues bufarán los maridos si te detienes en ello! De la especie cucaracha tambien muchas hembras veo, ¡horror! y tienen vigote mas largo que un granadero! Odio las plantas exóticas en ciertos sitios del sexo. Qué morenas y qué rubias! Qué ojos azules y negros! Qué blancas y qué tringuenas y qué talles mas esbeltos! Lástima que los opriman con ese maldito invento; verdadero *prensa-flatos* que las formas encubriendo y las bellas suaves curvas, borra el excitante efecto de aquellas ondulaciones que marca al mecerse el cuerpo, y natura siendo hermosa no necesita embelecó. ¡Una vieja! zape! paso, que solo me gusta añejo el jerez ó el valdepeñas. Sin duda con el festejo de los difuntos, las momias se salen del cementerio,

para endriagos y visiones
hartas tengo en el infierno!
Qué siempre encuentro serpientes
donde hay Evas! Voto á un trueno!
Redoblan los espantajos!
Fúgite! que es mal agüero!
Y las niñas abandonan
este insípido paseo
que es dar vueltas á la noria
como bestia de labriego.
Corro á entregarme á la sopa.
Lectora, vale, hasta luego.

Cuadro microscópico.

Una realidad de actriz, en una presuncion de coliseo.

De noche voy al teatro,
pero ¡Jesús! qué pequeño!
Si se puede encerrar todo
en el cascaron de un huevo,
y mi pobre humanidad
apenas coge en su asiento!
Salta á la escena una dama.
¡Áy, qué mole san Demetrio!
De fuerza de mil caballos
es la *nena* por lo menos!
Qué frescachona y rolliza!
Buen plato para un ambriento!
Si te pillára allá abajo
mi camarada Asmodeo!....
Sobra carne ó falta escena;
una de dos, no hay remedio,
si no puede removerse
en tan raquítico trecho!
Todo allí al revés lo miro,
cual Sancho en el Clavileño,
las personas avellanas
y mostaza el coliseo;
demasiado grande acaso
para la aficion del pueblo
que de seis funciones; ciuco
je suele tener desierto.
Con respecto á los artistas,
diré que los hay muy buenos,
y todos por agradar
hicieron laudable esfuerzo.
Se acabó, y corro á los bailes
en busca de movimiento.
Ya se escuchan los chirridos
de diversos instrumentos
y rascan con entusiasmo
violin y violoncello
en menoscabo del timpano,

(Tan filarmónico pueblo,
no se comprende que tenga
ese horrible mosconeo
en su elegante Casino).
Entro al salon ¡oh portento!
Treguas, treguas, Musa mia,
que ya me falta el aliento
y con tanto resoplido
se me enronquece el garguero!
Esto merece otro cuadro.
Un cigarro, y descansemos.

(Se continuará.)

Mefistófeles.

José del Castillo y Jimenez.

Letrilla.

Que ufano y almivarado
el mas necio petulante
lleve perfumado guante
y un abdomen en su pecho,
bien hecho

Que en aquello el cascaron
muestre largo la tigera
pasando por calavera
y por hombre de experiencia,
paciencia

Que con el puro en la boca
hable pestes de Zorrilla
cuando apenas la cartilla
deletreo torpemente,
corriente.

Que con trabajo leyendo
entable grave filípica
blasfemando de politica
del Código y del derecho,
bien hecho.

Que de grande financiero
las eche el tal D. Calisto
apostrofando al Ministro
que despreció su *influencia*
paciencia.

Que en tiberios y cafés
en tertulias y paseos
relate sus desvaneos
con un aplomo insolente,
corriente.

Que por ostentar nobleza
afirme tiene la cuna
en los cuernos de la luna,
y ayer la sogá en el techo. . . .
bien hecho.

Que nuevo Adonis se crea
y una y otra y otra vez
demuestre su intrepidez
á Elisa, Ines, Inocencia
paciencia.

Que corte un gaban á Pedro
burlandóse de su frá,
cuando mil razones dá
del suyo el sastre de enfrente
corriente.

Que por mostrar su talento
velis nolis, ó á la fuerza
hable en frances á Lupercia
llamando al tuerto derecho,
bien hecho.

Que siendo servil de oficio
y de corazon servil
á otro hombre le llame vil
por su honor y su conciencia,
paciencia.

Que por obtener merced
redoble asaz sus afanes
en palabras y ademanes.
diciendo lo que no siente,
corriente.

Que al publicarse una obra
insiguiendo aquel adagio
esprese, diz, que es un plagio
del autor para provecho,
bien hecho.

Que hasta rage por los codos
emborronando albo pliego
por ver si roba el sosiego
ó tal vez.....á Su Escelencia
paciencia.

Y en fin que tanto importuno
juzgandose Ciceron
al mundo la oposicion
ejecute diligente,
paciencia, bueno, corriente.

E. Garcia Fernandez.

Fábulas.

Por ser curioso se paró Ruperto
á ver jugar á la pelota un dia,
y ¿quién, quién lo diría?
al pobre un pelotazo dejó tuerto.

Escarmienta en el ojo del vecino,
y aunque te halles ocioso
no te pares, lector, en tu camino,
que á veces cuesta un ojo el ser curioso.

Un nécio y majadero
echarla quiso de hábil marinero,
y naufragó en la orilla
perdiendo el cargamento y la barquilla.

¡Castigo merecido!
porque siempre las bromas salen caras
al que quiere, atrevido,
en camisa meterse de once varas.

Con su suegra Sinforosa
Regañaba don Rufino,
y, trás las palabras, vino
una contienda horrorosa.

Acudió un vecino, y quiso
acallarlos..... ¡oh, dolor!
Sinforosa con furor
cogió un palo, y de improviso
Rufino con ligereza
hasta el suelo se inclinó,
y el vecino recibió
todo el golpe en la cabeza.

Es un hecho tan probado,
como cinco y dos son siete,
que el que á redentor se mete
suele ser crucificado.

(Por extracto y lo no firmado.)

Felipe Zappino.

Director D. FRANCISCO P. VARELA.

Editor responsable D. Manuel Galvez.

Gerona: Imprenta de Dorca sucesor de Grases, plaza
de la Constitucion núm. 12.—1857.